

Relato del general español Andrés García
Camba sobre las destrezas de los gauchos que
combatían junto a Güemes en Salta

Septiembre de 1814

Andrés García Camba

Archivo histórico

<http://archivohistorico.educ.ar>

Los ataques sobre los puestos avanzados de la ciudad eran frecuentes: la pérdida de toda mula o caballo que se separaba sin escolta de la población era segura: no descansaba, pues, ni de día ni de noche; y hasta algunas de las mujeres residentes en Jujuy, acusadas de tener el encargo de servir de espías a los enemigos, extendían su comisión hasta el extremo de seducir los soldados peninsulares sin que fuese tampoco posible castigar con pleno conocimiento de causa este peligroso crimen. En tal desesperado estado tuvo el general en jefe que recurrir a un arbitrio repugnante y opuesto a sus generosos sentimientos, cual fue el de enviar a fines de mayo al campo enemigo con un oficial parlamentario más de 20 mujeres de todos rangos que se designaban como las menos cautas en ese odioso género de servicio.

Los gauchos eran hombres del campo bien montados y armados todos de machete o sable, fusil o rifle, de los que se servían alternativamente sobre sus caballos con sorprendente habilidad, acercándose a las tropas con tal confianza, soltura y sangre fría que admiraban a los militares europeos que por primera vez observaban aquellos hombres extraordinarios a caballo, y cuyas excelentes disposiciones para la guerra de guerrillas y de sorpresa tuvieron repetidas ocasiones de comprobar. La incansable perseverancia de los gauchos era un justificativo más del estado de hostilidad en que se hallaba el país bien distinto a la verdad de lo que había sido en épocas anteriores; pero el denuedo con que las tropas españolas se lanzaban sobre esa clase de jinetes, individuos valientes, les valió un crédito de grande importancia para el resto de la campaña. [...] Entretanto los gauchos, individualmente valientes, tan diestros a caballo que igualan, si no exceden, a cuanto se dice de los célebres mamelucos y de los famosos cosacos, tuvieron en continua alarma el cuartel general y sus puestos avanzados, sosteniendo diarios combates más o menos empeñados que, sobre el cansancio que producían estas frecuentes y poco importantes refriegas, causaban la pérdida de muy bravos oficiales y soldados sin conseguir nunca los españoles poder dar un golpe decisivo, porque una de las armas de estos enemigos consistía precisamente en su facilidad para dispersarse y volver de nuevo al ataque, manteniendo a veces desde sus caballos y otras echando pie a tierra y cubriéndose con ellos un fuego semejante al de una buena infantería.